

Adrienne Rich

Sobre mentiras,
secretos y silencios

ICARIA
antrazyt

Título original: *On lies, secrets and silence*

© W.W. Norton & Co. Inc., New York

© de esta edición: ICARIA EDITORIAL, S. A.

c/ de la Torre, 14. Barcelona-6

Primera edición: setiembre 1983

Traducción: Margarita Dalton

Diseño de la portada: Icaria Editorial y Jordi Ventura

ISBN: 84-7426-091-4

Depósito legal: B. 29.422-1983

Imprime: Industrias Gráficas Pareja

c/ Montaña, 16. Barcelona

PRESENTACION

*Bajo mis párpados otros ojos se han abierto.*¹ De alguna manera Adrienne Rich sintetiza en la línea de este poema el despertar de la conciencia. Junto con Audre Lore, Mary Daly, Juliet Michel, Linda Gordon, Adrienne Rich pertenece a una generación de poetas y pensadoras feministas norteamericanas que a través de la poesía, la filosofía, la sociología y la historia nos muestran una realidad diferente del mundo de la mujer. Ellas han tratado de describir con nuevos enfoques las razones por las cuales la mujer ha ocupado un papel de segundo orden en todo el ámbito de la cultura, de las relaciones económicas, sociales y de la historia escrita. Estas aproximaciones a la fenomenología de la situación de la mujer en nuestra sociedad, se hacen desde dos vertientes principales; una que podemos llamar teórica, es la de las académicas y otra que podemos llamar práctica o militante, es la de aquellas que luchan por cambios concretos e inmediatos en las leyes, en el orden económico y en la moral, sin embargo hay mujeres que combinan estas dos actividades en su obra y sirven de puente de doble circulación al movimiento feminista. Tal es el caso de Adrienne Rich.

Adrienne Rich es una mujer que piensa, siente, se involucra, cuestiona, una mujer valiente que lanza sus palabras dispuestas a descoser un mundo o a cortarlo con un bisturí y analizar cuidadoso-

¹ Poema "From the prison House" del libro *Diving into the Wreck*, de Adrienne Rich. Norton 1973. New York.

son vejadas, humilladas o en el mejor de los casos ignoradas. En los Estados Unidos, donde en 1970, existían veintiséis millones de niños y niñas de madres trabajadoras y ocho millones de mujeres como cabezas de familia, el estereotipo del siglo diecinueve de la "madre en casa" sigue siendo vigente como la norma, una "norma" que fuera de un pequeño grupo minoritario de la clase media, nunca ha existido.

Tratando de descifrar los dos extremos de la maternidad hallamos, por un lado, la maternidad como una experiencia profunda y posible para las mujeres, y por otro, la maternidad como una identidad forzada y una institución política. Yo misma apenas empiezo lentamente a comprender el centralismo de esta institución, y cómo está conectado con las espantosas diferencias que infectan todas las sociedades. Dentro de esa institución, todas las mujeres son vistas primordialmente como madres de las que se espera que experimenten la maternidad sin ambigüedades y de acuerdo con los valores patriarcales. Por lo tanto la mujer "no madre" es vista como una desviada.

Puesto que la "desviada" está fuera de la ley y es "anormal", todas las mujeres se hallan bajo una presión muy intensa para que consientan su rol "maternal". Hablar de ambivalencia maternal; examinar los conflictos apasionados y ambiguos de la relación madre-hija y el rol de la madre al educar a su hija para la servidumbre y a sus hijos para la dominación; identificar la culpabilidad que se le hace sentir a las madres por fracasos sociales que van más allá de su control; reconocer que una lesbiana puede ser madre y que una madre puede ser lesbiana en oposición a los estereotipos populares; cuestionar los dictámenes de los hombres poderosos sobre como las mujeres; y en especial las mujeres pobres y no blancas, deben usar sus cuerpos, o el adoctrinamiento de las mujeres para el mantenimiento emocional unilateral de los hombres, todo ello significa cuestionar las fobias y los prejuicios profundamente enraizados en la sociedad.

Tales temas enfurecen y atemorizan precisamente porque nos hieren en la carne viva de la existencia humana. Pero huirlos o trivializarlos, dejar sin examinar las emociones que suscitan en nosotras es huir tanto de nosotras mismas como de la esperanza luminosa de que mujeres y hombres puedan experimentar un día formas de amor, de paternidad y maternidad, de comunidad e identidad que no estén basadas en mentiras, secretos y silencios.

"ES LA LESBIANA QUE HAY EN NOSOTRAS..."¹ (1976)

Cuando yo nací, en 1929, Virginia Woolf estaba escribiendo sobre la necesidad de una literatura que revelara "la vasta cámara donde nadie había estado" —el reino de las relaciones entre mujeres.

Todo lo que no es nombrado, no descrito en imágenes, todo lo que se omite en las biografías, lo censurado en las colecciones de cartas, todo lo que se disfraza con un nombre falso, lo que se ha hecho de difícil alcance y todo cuanto está enterrado en la memoria por haberse desvirtuado su significado con un lenguaje inadecuado o mentiroso, se convertirá no solamente en lo no dicho sino en lo inefable.

Dos mujeres, una blanca y una negra, fueron las primeras personas que yo amé y cuyo amor conocí. Las dos me cantaron mis primeras canciones, me contaron mis primeros cuentos y fueron mi primer contacto con la ternura, la pasión y finalmente el rechazo. Con el tiempo, cada una de ellas me entregó al juicio y al orden de mi padre y de su cultura masculina y blanca. Mi amor por la mujer blanca y por la negra se difuminó con furia, despre-

¹ Estas notas fueron leídas en el Modern Language Association, el 28 de diciembre de 1976, en un acto patrocinado por la Women's Commission y el Gay Caucus. El propósito de la mesa redonda era exponer, frente a una numerosa audiencia de profesores e investigadores, los problemas del racismo y la homofobia en la enseñanza de la literatura, temas sobre los cuales la Women's Commission había estado luchando como grupo durante más de un año. Las otras ponentes fueron June Jordan, Audre Lorde y Honor Moore.

cio y culpa. No sabía quién de ellas me había herido y ambas se fundieron en mi rabia inarticulada. Yo no sabía que ninguna de las dos había podido escoger, ni siquiera sabía que lo que había pasado con nosotras y entre nosotras era importante. Era algo inefable.

Yo sentía que la biblioteca de mi padre era la fuente y el lugar de su poder y estaba en lo cierto. En sus estantes albergaba a Plutarco y a Havelock Ellis, a Ovidio y Spinoza, Swinburne y Emerson. En esa biblioteca llegué a creer —la creencia de una niña, pero también de una poeta— que el lenguaje, la escritura, todas aquellas páginas impresas podrían enseñarme a vivir, podrían decirme *lo que era posible*. Pero en lo referente a las relaciones entre mujeres, como diría Emily Dickinson. "Mis clásicos se cubrieron el rostro". (Todavía ahora, en la mayoría de los cursos de literatura, en las bibliotecas, en los planes de estudios, se les entregan a las jóvenes los clásicos que ocultan, no sólo lo que puede ser posible, sino lo que ha sido desde siempre).

En un ensayo desconcertante, la novelista Bertha Harris ha escrito sobre el silencio que rodea a la lesbiana:

La lesbiana no puede existir sin una literatura propia. A veces en forma de pornografía, a veces como marca del miedo, a veces como un florecimiento sentimental, ella... flota en el espacio... sin adherirse a la tierra donde el crecimiento es sosegado.²

Leyendo su ensayo, encuentro que ella ha descrito por primera vez lo que son mis propias búsquedas en la literatura del pasado, mi persecución de una vaga y muchas veces disfrazada realidad que llegaba y se iba a través de la literatura escrita por mujeres. Esta realidad no era algo tan simple y descalificable como el hecho de que dos mujeres pudieran acostarse juntas. Más bien era la idea de desear por sí misma, y ante todo, de escoger por sí misma: también era la de una intensidad elemental entre mujeres,

² Citado de un ensayo sin publicar: "The Purification of Monstrosity: The Lesbian as Literature" dado en el foro de MLA sobre "The Homosexual in Literature" (El homosexual en la literatura), 1974. Para una visión más amplia sobre el tema ver el artículo de Harris, "Notes toward Defining the Nature of Lesbian Literature," en *Heresies: A Feminist Publication on Art and Politics*, vol. 1, no. 3, otoño 1977; se puede conseguir en *Heresies*, P. O. Box 766, Canal St. Station, New York, N. Y. 10013.

una intensidad que en todo el mundo era trivializada, caricaturizada o revestida de maldad.

Mucho antes de tener plena conciencia de que yo era lesbiana, era la lesbiana que hay en mí quien perseguía esa configuración esquiva. Y creo que es la lesbiana en todas las mujeres que sienten el impulso de la energía femenina, la que las hace sentir la atracción hacia las mujeres fuertes y la que busca una literatura que exprese esa energía y fuerza. Es la lesbiana que hay en nosotras la que nos hace sentir imaginativas, entregarnos al lenguaje, capturar la conexión total y completa entre mujer y mujer. Es la lesbiana que hay en nosotras la que es creativa porque la obediente hija del padre que hay en nosotras es solamente una yegua de tiro.

Fue la lesbiana en mí, más que la libertaria civil o la feminista, quien persiguió la memoria de la primera mujer negra que amé mucho antes de que me enseñaran lo que significa ser blanca, antes de que nos obligaran a traicionarnos. Y esa relación de conocimiento mutuo, miedo, culpa, celos, furia y añoranza entre mujeres negras y blancas, no la encontré ni la he encontrado todavía en la literatura excepto, quizás, como un primer intento, en *Meridian* de Alice Walker, y en algunos poemas de Audre Lorde. No encuentro en absoluto, a las mujeres negras en la literatura, solamente he leído fantasías de ellas escritas por blancos o por negros. Sin embargo, algunas mujeres escritoras están ahora empezando a osar penetrar en esa cámara singular de lo "inefable" y a expresar en palabras lo que estamos encontrando ahí.

Yo continué creyendo en el poder de la literatura y también en la política de la literatura. Hasta ahora, la experiencia de la mujer negra *como mujer*, de las mujeres blancas y negras como castas antagónicas en el drama patriarcal y de las mujeres blancas y negras como lesbianas se han mantenido invisibles por obvias razones. Nuestras vidas ocultas, aunque omnipresentes, por el hecho mismo de mantenerse escondidas han servido a algunos propósitos políticos, no solamente en el mundo patriarcal blanco, sino incluso dentro de las comunidades feministas, blancas y negras y también a algunos críticos negros, académicos, editores e Instituciones como la prensa feminista. También han contribuido a ello tanto los estudios sobre los negros, como los estudios sobre las mujeres que se han resguardado de este centro medular de nuestra experiencia, y de este modo han reforzado nuestro silencio para reafirmar su propia causa. Pero son, precisamente, los

temas, las conversaciones y los hechos de los que nos avergonzamos, los que nos gritan, desde el cuaderno de la escritora, convertidos en mera retórica, histeria, insomnio o nudos en la garganta.

Cuando terminé de hablar, hubo una reacción inmediata a mi declaración de que "Es la lesbiana que hay en nosotras la que es creativa, porque la obediente hija del padre que hay en nosotras es solamente una yegua de tiro". Quedó claro durante la discusión posterior que diferentes mujeres habían oído esta declaración de modos diferentes. Algunas mujeres afirmaron que ellas creaban a partir de su bisexualidad, no de "su lado femenino", otras que su creatividad venía de su fidelidad a la lucha de la población negra, otras que creaban a partir del amor que sentían por sus hijas e hijos tanto como el que sentían por otras mujeres. Una lesbiana señaló que si "la lesbiana que hay en nosotras" se iba a volver un término figurativo, ella, como mujer que había sido oprimida por expresar su amor físico hacia otras mujeres, quería otro nombre para definir lo que ella era. Algunas mujeres creyeron oírme decir que toda creación tenía una base sexual (vide Freud) y que las mujeres sólo podían crear a partir de sus experiencias eróticas con otras mujeres. Mis intenciones fueron, por supuesto, decir algo un poco más complejo.

Creo que fracasé al preparar mis observaciones, ya que éstas dieron lugar a cargar de significado la palabra *lesbiana*, con todo lo maldito que conlleva en cuanto a su interpretación, que va desde "la odiadora de hombres" a la "pervertida". Cuando lo único que yo quería era evocar en ese concepto a la mujer que se auto-elige, a esa prohibida "intensidad primaria" que se da entre mujeres y también a la mujer que ha rehusado obedecer, a la que dice "no" al padre. Probablemente simplifiqué demasiado el asunto, debido al límite de tiempo, y por lo tanto lo compliqué. Esta experiencia me hizo más consciente que antes del grado en que, aun para las lesbianas, la palabra *lesbiana* es rechazada por sus resonancias. Algunas de nosotras quisieran eliminar la palabra para siempre. Otras la transformarían y aún habría otras que la reclamarían deseosas de nombrarla después de tantos años de soportar la imposibilidad de hacerlo. Las feministas han llegado a temer el "descrédito" que implicaría el ser consideradas como lesbianas, algunas lesbianas se han retirado del movimiento feminista o se han visto obligadas a entrar en organizaciones no feministas (tales como el movimiento "gay") que rechazan y denigran a las mujeres heterosexuales.

La feminista lesbiana vive en un mundo complejo que reclama nuevas formas tanto para el lenguaje como para las relaciones

humanas. Una de nuestras tareas más importantes es la de empezar a tratar de definir esas nuevas formas (y el ocultamiento de la experiencia femenina que sincroniza con ellas). El significado y la importancia del "separatismo" es uno de los casos. Aun cuando las lesbianas feministas están creando un análisis ético y filosófico del separatismo,³ la palabra misma es utilizada frecuentemente por otras superficial y peyorativamente para, implícitamente señalar que nuestra política y auto-definición procede ante todo del odio y el rechazo.

Para nosotras el proceso de nombrar y definir no es un juego intelectual, sino una captación de nuestra experiencia y una llave para la acción. La palabra *lesbiana* debe ser confirmada porque descartarla es colaborar con el silencio y la mentira acerca de nuestra existencia misma, es hacernos caer en el juego de la clandestinidad y volver de nuevo a la creación de lo *inefable*.

³ Ver Mary Daly, *Gyn Ecology: The Metaethics of Radical Feminism*, Boston (Beacon) 1978, pp. 380-84; Marilyn Frye, "Some Thoughts on Separatism and Power," en *Sinister Wisdom*, no. 6, 1978. Ver también mi nota en pp. 270.

es probable que un menor número de personas de las nuevas generaciones repitan esta tragedia familiar.

Más allá de los eventos de matrimonio y divorcio, más allá del evento de la maternidad yace la necesidad política implacable para las mujeres de ganar control sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas. Debemos hacer esto por nosotras mismas, por cada una y por las demás; también podemos creer que a medida que lo hagamos, la enfermedad generacional se repetirá cada vez menos... Es muy probable que ni Anna Demeter, ni sus hijos hayan sido destruidos por su mala experiencia sino que han reforzado los anteriores lazos de unión mutuos; su relación con el mundo es más clara, más honesta de lo que nunca fue; su sentido de integridad reconstruido gracias a haber rechazado rendirse al terrorismo. No "salvamos" a los hombres inclinándonos ante la violencia, ni "salvamos" a nuestras hijas e hijos permitiéndoles ver, en sus propios hogares, su primera comunidad, el crecimiento de la violencia como último recurso en las relaciones humanas, y el perenne "sacrificio" aceptado en nombre del "amor". Los hijos de madres que son capaces de tomar sus vidas en sus manos y enfrentarse a las instituciones que las oprimen, son nuestra mejor esperanza para un futuro en el cual la existencia humana no sea dirigida más por la hipocresía y la fuerza.

EL SIGNIFICADO DE NUESTRO AMOR POR LAS MUJERES ES ALGO QUE DEBEMOS EXPANDIR CONSTANTEMENTE (1977)

El verano de 1977 fue un verano de militancia. Empezó con unas marchas del "Orgullo Gay" en respuesta a la campaña anti-homosexual que a través de los medios de comunicación encabezaba una mujer, Anita Bryant. El movimiento gay masculino tomó a Bryant como blanco para su furia con una virulencia que daba mucho que pensar sobre la ginofobia que subyace en este movimiento. "Anita" fue equiparada a Hitler y groseramente caricaturizada en base a su anatomía fememina; mientras que su esposo, pastor protestante que cuidaba sus espaldas, los intereses corporativos que financiaban "su" cruzada, las iglesias y las capillas de las Legiones americanas que engrosaban ese movimiento, fueron borradas por la imagen de una mujer que se volvió el foco de los ataques simplistas del movimiento gay.

Muchas lesbianas feministas participamos en aquellas marchas con un cierto resquemor; entendimos que una fuerte presencia de las mujeres era necesaria para elevar la conciencia pública de que las mujeres somos un grupo significativo al que se le niegan los derechos civiles por medio de leyes antihomosexuales; sin embargo, el tono de odio hacia las mujeres, que se desprendía de las marchas, nos confirmó que no podíamos encontrar una verdadera "hermandad" solidaria dentro del movimiento gay. Nuestra comprensión sobre lo que significaba Anita Bryant y lo que comportaba identificarla con una mujer, era necesariamente más compleja. Este discurso fue leído ante un pequeño grupo de mujeres que decidió separarse de la manifestación del "Orgullo Gay" en Sheep Meadow del Central Park y que posteriormente inició otra propia.

Más tarde fue impreso como el primero de una serie de panfletos sobre el feminismo lesbiano por Out & Out Books, Brooklyn, New York.

* * *

Quiero hablar de algunas cuestiones que son acuciantes para nosotras en este momento, cuestiones que exigen de nosotras no solo furia, orgullo y valor, sino la fuerza de voluntad de pensar y enfrentar nuestra propia complejidad.

La iglesia, los medios de comunicación y todas las fuerzas en este país que necesitan un chivo expiatorio para desviar la atención del racismo, la pobreza, el desempleo y la absoluta corrupción obscena de la vida pública han emprendido un ataque concentrado contra la homosexualidad.¹ No es sorprendente pues que estos ataques hayan creado una nueva imagen popular e infame de la maldad femenina: Anita Bryant. Debería ser obvio para todas nosotras que ninguna mujer en una sociedad dominada por los machos puede manejar la influencia pública atribuida a Anita Bryant, a menos que los hombres decidan que así debe ser y a menos que las redes del poder masculino se lo permitan, como ya se ha visto que se lo han permitido a Phyllis Schlafly con su campaña anti-ERA², mediante un acceso a los medios de comunicación, y otorgándole publicidad gratuita y apoyo financiero.

La semana pasada en Los Angeles se juntaron estas fuerzas reaccionarias e intentaron ocupar la Conferencia del Año Internacional de la Mujer en el Estado de California. Solamente la masiva presencia de las feministas impidió que se aprobaran resoluciones que podían acabar con todos los logros adquiridos por el movimiento feminista en los últimos ocho años. Es obvio que Anita Bryant y Phyllis Schlafly son meras pantallas detrás de las cuales el sistema de dominación masculina está atacando, no solamente a las lesbianas o a los hombres gay, sino a las mujeres y al movimiento feminista aun en sus formas más moderadas y que el

¹ Y, por supuesto, de la destrucción física y psíquica de miles de mujeres a causa de la heterosexualidad institucionalizada, dentro del matrimonio y de la búsqueda de una sexualidad "normal".

² *N. de la T.*: E.R.A. (Equal Rights Amendment). La lucha encabezada principalmente por la NOW (National Organization of Women) para conseguir la igualdad en los derechos civiles para hombre y mujeres, a través de la enmienda a la Constitución.

ataque está siendo alentado y patrocinado por la única gente en América con los recursos para hacerlo: los hombres.

También comprobamos que, en la retórica de Anita Bryant como en la retórica de todo el movimiento masculino "gay", la "homosexualidad" se ve a través de lentes masculinos, como una "experiencia masculina. Yo he dejado de creer que esto es así porque a las lesbianas se las percibe simplemente como una "no amenaza". En el sistema patriarcal, el macho homofóbico odia al macho homosexual pero tiene un temor más profundo — y extremadamente bien fundado — ante la mera existencia de lesbianas. Junto a la persecución, nos hemos encontrado, con el absoluto y sofocante silencio, con la negación y el intento de borrarlos de la historia y de la cultura en su totalidad. Silencio que no es más que una parte del gran silencio que envuelve la vida de las mujeres. También ha sido una manera efectiva de obstruir el resurgimiento intenso y poderoso de una comunidad de mujeres y la entrega de las mujeres hacia las mujeres, hecho que amenaza al patriarcado mucho más que los lazos existentes entre los homosexuales varones o la petición de igualdad de derechos entre mujeres y hombres. Y finalmente surge una amenaza más profunda que es la que ahora está planteando el feminismo lesbiano como una fuerza totalmente nueva en la historia.

Mucho antes de que existiera o pudiera existir cualquier clase de movimiento feminista, existían las lesbianas; mujeres que amaban a otras mujeres, que rehusaban cumplir con el comportamiento esperado de ellas, que rehusaban definirse a sí mismas en relación a los hombres. Aquellas mujeres, nuestras antepasadas, millones, cuyos nombres no conocemos, fueron torturadas y quemadas como brujas, denigradas por la religión y más tarde destruidas en los senderos de la ciencia, retratadas en el arte y la literatura como raras, amorales, destructivas y decadentes. Durante mucho tiempo la lesbiana ha sido la personificación de la maldad femenina, mientras tanto se desarrolló la cultura homosexual masculina dentro de la vida habitual de los hombres que, como siempre, ha sido vista como la cultura "real". Las lesbianas nunca han tenido el poder económico y cultural de los hombres homosexuales y existen unas partes de nuestras vidas en las que no hay parangón con las de los hombres homosexuales: nuestras relaciones fieles y perseverantes, nuestro trabajo como activistas sociales en favor de las mujeres y de las niñas y niños, nuestra fuerza y ternura feme-

nina, nuestras visiones y sueños de hembras son componentes que apenas están empezando a ser retratadas en la literatura y en la academia, ciertamente, por las mismas lesbianas.

Las lesbianas hemos sido forzadas a vivir entre dos culturas, ambas dominadas por los machos, cada una de las cuales ha negado y puesto en peligro nuestra existencia. Por una parte, tenemos la cultura patriarcal, heterosexista, que ha empujado a las mujeres al matrimonio y a la maternidad a través de todas las presiones imaginables: económicas, religiosas, médicas, y legales, y la que literalmente ha colonizado los cuerpos de las mujeres. La cultura patriarcal heterosexual ha llevado a las lesbianas al secreto y al sentimiento de culpabilidad, a menudo al auto-desprecio y al suicidio.

Por otra parte nos encontramos frente a la cultura patriarcal homosexual, una cultura creada por hombres homosexuales en la que se reflejan muchos estereotipos machos como son la sumisión y dominación como modos de relación, la separación entre lo sexual y su correlato emocional, en definitiva, una cultura teñida de un profundo odio hacia las mujeres. La cultura "gay" masculina ha ofrecido a las lesbianas la imitación de roles estereotipados de "marimacho" y "femme"*, de "activa" y "pasiva", así como el sadomasoquismo y la violencia del mundo autodestructivo de los bares gay. Ni la cultura heterosexual ni la "gay" han ofrecido un espacio para las lesbianas donde puedan descubrir lo que significa autovalorarse, quererse a sí mismas, estar identificadas con el ser mujer y no ser una imitación del hombre ni su objetivización opuesta. A pesar de esto, las lesbianas han sobrevivido a través de la historia, han trabajado, se han apoyado mutuamente y han amado apasionadamente.

Desde hace cerca de doscientos años existen feministas personal y políticamente conscientes,² y el movimiento homofílico tiene casi un siglo; muchas de las actividades heroicas más inflexibles en todos los movimientos por un cambio social han sido lesbianas. Por primera vez en la historia nos encontramos con un punto de fusión entre el feminismo y el lesbianismo y esto es algo a lo que

* N. de la T. En francés en el original.

² La quema de brujas en los siglos catorce a diecisiete fue sin duda una forma de retroceso antifeminista; y a medida que desenterramos la historia de las mujeres, en los primeros siglos encontramos más y más mujeres políticamente conscientes identificadas individualmente.

el patriarcado teme, de ahí que haga todo lo que está en su poder para impedirnos llegar al punto de comprenderlo y asumirlo en todo su contenido revolucionario.

Creo que un movimiento militante pluralista lesbiano-feminista es, en el mundo de hoy en día, la fuerza más grande para transformar la sociedad y nuestras relaciones con todo lo viviente. Es algo que va más allá de cualquier lucha por las libertades civiles o la igualdad de derechos, sin restar importancia a lo necesarias que continúan siendo estas luchas. En su forma más inclusiva y profunda es un proceso inevitable por medio del cual las mujeres reclamamos nuestra visión central y primaria de cómo concebimos el futuro.

Sin embargo, podemos quedar marginadas, por obra de la misma estrategia que nos ha mantenido como desposeídas durante siglos. La estrategia toma muchas formas distintas, pero su propósito siempre es el mismo: dividirnos entre nosotras, decirnos que no podemos amar y trabajar juntas. El patriarcado siempre nos ha dividido en mujeres virtuosas y putas, madres y tortilleras, madonnas y medusas. La Izquierda masculina actual ha rehusado reiteradamente ocuparse de asuntos de mujeres, no ha querido tratar la opresión sexual en todos sus aspectos, excepto quizás en los más obvios, aunque siempre en unos términos hipócritas que no pusieran en cuestión sus propios miedos y odio a las mujeres. Lo que sí ha hecho la izquierda es continuar con sus intentos de separar a las lesbianas y a las mujeres que se identifican como "correctas", ya sean negras o blancas, representar al lesbianismo como la decadencia burguesa y al feminismo como contrarrevolucionario o simplemente una trivialidad más de la clase media, de igual manera que los hombres del movimiento negro han tratado de definir al lesbianismo como un "problema de la mujer blanca." (En relación con esto recuerdo con agrado las mujeres trabajadoras independientes de la seda en China, a quienes Agnes Smedley describe en los años de 1930 como aquellas que rehusaron casarse y que vivían en comunidades femeninas, celebraban los nacimientos de sus hijas con alegría, formaban sindicatos secretos de mujeres en las fábricas y eran abiertamente atacadas como lesbianas).³ La definición machista de "revolución sexual" de la pornografía,

³ Ver Agnes Smedley, *Portraits of Chinese Women in Revolution* (Old Westbury, N.Y. Feminist Press, 1976).

la industria multibillonaria en dólares que ve a la violación como algo placentero y a la humillación como erótica, es un mensaje para las mujeres que se relacionan sexualmente con los hombres puesto que, sin que importe el tipo de degradación que sufran, todavía pueden ser "normales" en nombre de la heterosexualidad. Es mejor colaborar con las fantasías machistas de la violencia sexual que ser una lesbiana; mejor ser golpeada que rara.

Ahora, frente a esta campaña antihomosexual, las lesbianas están siendo presionadas por el movimiento "gay" masculino para unirse a los hombres contra un enemigo común, simbolizado por una mujer "normal"; nos piden que olvidemos que somos mujeres y nos definamos como "gay". Es importante que las voces lesbianas sean también escuchadas ahí y que se oiga nuestra realidad lesbiana; no podemos permitirnos el lujo de rechazar o prescindir de nuestras hermanas que hoy están participando en esta manifestación, aunque debemos esperar que ellas reclamen que el movimiento "gay" haga frente a sus propios vicios sexistas si es que espera seguir siendo apoyado, aun ocasionalmente por las lesbianas. Porque sin una presión consciente feminista, el movimiento "gay" tiene recursos tan débiles para el cambio como el Partido Socialista de los Trabajadores.

Hay otra llamada que no nos llega de los hombres, sino que procede del dolor más intenso, de la furia y de la frustración que hemos experimentado y que es el llamamiento simplista del separatismo de las lesbianas: la creencia que retirarse de la diversidad burguesa del movimiento de mujeres, de alguna manera nos dará una cierta pureza y energía que contribuirá a alcanzar nuestra libertad. Todas las lesbianas conocemos la furia, el dolor y el desencanto que hemos sufrido en lo político y en lo personal debido a la homofobia de mujeres que pensábamos que podían darse cuenta, y eran suficientemente inteligentes y feministas, para hablar, escribir, actuar y no permanecer en el silencio por el temor y la ceguera heterosexual. La gínofobia de los hombres no nos hiere tan profundamente ni desconcierta tanto como la gínofobia de las mujeres. Muchas veces he tocado la orilla de ese dolor y furia, y he comprendido el impulso separatista de algunas lesbianas. Pero creo que es una tentación que lleva hacia un "perfeccionismo" estéril, hacia la impotencia y un escape de la complejidad radical. Cuando el aborto —un derecho que la Corte Suprema acaba de negar efectivamente, más efectivamente a las mujeres

pobres — cuando el aborto puede etiquetarse como un asunto de mujeres "correctas" no estamos simplemente tomando en consideración el hecho de que hay miles de mujeres que todavía son forzadas, por medio de la violación o de las necesidades económicas, a tener relaciones sexuales con hombres; y que entre estas mujeres hay un número incuantificable de lesbianas; que no importa cuál sea su orientación sexual, ya que la libertad de reproducción es un asunto que afecta la vida de muchas mujeres pobres y no blancas, y que volverles la espalda a millones de nuestras hermanas en nombre de nuestro amor a las mujeres es traicionarlas a nosotras mismas de forma dolorosísima. El racismo no es un asunto de "normales", la maternidad y el cuidado de los hijos no son asuntos de "normales" mientras existan lesbianas negras o del Tercer Mundo o una madre lesbiana en el mundo. La violencia contra las mujeres no toma en consideración la clase, el color, la edad, o las preferencias sexuales. Lesbianas y mujeres identificadas como "normales" son de igual manera obligadas a esterilizaciones forzadas, e histerectomías indiscriminadas, al uso del *electroshock* y las drogas como terapia para amansar y castigar nuestra furia. No hay forma en que podamos separarnos de estos asuntos llamándolos "problemas conectados con los hombres". No es verdad que podamos permitirnos el lujo de estrechar el ámbito de nuestra visión.

En este país, como en todo el mundo hoy en día, hay un movimiento de mujeres que avanza como nunca antes lo hizo en la historia del mundo. Y no podemos tener la menor duda que éste está siendo alimentado y fortificado por el trabajo de las lesbianas. Las lesbianas están dirigiendo editoriales, publicando revistas y creando nuevos sistemas de distribución, instalando casas como centros de crisis para víctimas de violaciones y para mujeres golpeadas. Estamos creando el diálogo político, cambiando el uso del lenguaje, haciendo una verdadera historia de hembras y lesbianas asequible por primera vez para nosotras, estimulando las raíces de una organización de las mujeres al imaginar un arte propio para el futuro. Como un ejemplo de ello se pueden mencionar unas pocas instituciones que ya existen en la ciudad de New York, creadas gracias al esfuerzo de las lesbianas feministas: el periódico *13th Moon*, la editorial Out & Out Books, la Virginia Woolf House, un colectivo que está recolectando fondos para abrir un centro para lesbianas con problemas y que también apo-

yará a las mujeres que lo necesiten remitiéndolas a otros centros, el Lesbian Herstory Archives, primera biblioteca que se dedica exclusivamente a documentar todas nuestras vidas, en el pasado y el presente, la revista "Conditions", publicada, editada y escrita por mujeres "con énfasis en escritos de lesbianas". Estas mujeres y muchas como ellas, están tratando de revelar, expresar y apoyar nuestra complejidad femenina, actuando *hacia* más que *contra*: moviéndonos hacia adelante. Estos proyectos no son "reformistas" ya que estamos comprometidas a tratar de cambiar no uno o dos, sino todos los aspectos de la vida de las mujeres.

Necesitamos mucho, muchísimo más; necesitamos centros de mujeres y bares en todos los barrios, no solamente uno o dos espacios, donde las mujeres puedan encontrar un lugar de tertulia; necesitamos lugares de mujeres para curaciones, albergues para mujeres ancianas que ahora deambulan por las calles, albergues para mujeres golpeadas, sean éstas amas de casa o prostitutas, casas intermediarias para las mujeres que han salido de las prisiones y están en estado de provisionalidad; clínicas de salud auto-aplicada, guarderías para niñas y niños, asesoría y terapias que sean genuinamente lesbianas y feministas con personal experimentado y entrenado. Necesitamos el cerebro, las manos y la columna vertebral de cada lesbiana, con todo su amor, su oficio, su coraje y su furia.

Cada una de nosotras viene de un pasado diferente, todas procedemos de la Izquierda, de los ghettos, del holocausto, salimos de la Iglesia, salimos del matrimonio, salimos del movimiento "gay", salimos de la clandestinidad oscura donde durante tanto tiempo habíamos sofocado nuestro amor por otras mujeres. A la demanda histórica feminista de una humanidad igualitaria y de un mundo libre de la dominación a través de la violencia, el lesbianismo feminista ha unido el concepto más radical de una visión centrada en las mujeres, una visión de la sociedad cuya meta no es la igualdad sino la absoluta transformación. En los últimos años, el lesbianismo feminista ha tomado continuamente el liderazgo y la responsabilidad sobre asuntos que afectan a todas las mujeres. Cuando estamos total y apasionadamente involucradas, trabajando, actuando y comunicando con y por las mujeres, la acción de absorber la energía de los hombres" se vuelve irrelevante puesto que estamos reciclando nuestra propia energía entre nosotras mis-

mas.⁴ Las lesbianas no debemos olvidar que hemos sido penalizadas, envilecidas y ridiculizadas no por odiar a los hombres, sino por amar a las mujeres, el significado de nuestro amor por las mujeres es, pues, lo que tenemos constantemente que expandir.

Pensando sobre el día de hoy y su significado he creído que tenía el deber de colocarme y colocar mis sentimientos absolutamente en esta línea. Este encuentro y algunas de mis hermanas, mujeres a las que amo, han creado las condiciones por las cuales he intentado expresar mis ideas respecto al significado y complejidad de estar viva, de ser lesbiana y feminista en la América de hoy. Deseo a cada una de vosotras la clase de desafío, argumentos y apoyo crítico que yo he recibido, y para todas nosotras, la clase de amor que merecemos.

⁴ El peligro de algunas formas irónicas de "falsa transcendencia" debe hacerse notar aquí. El verdadero separatismo todavía tiene que ser definido adecuadamente. Algunas "separatistas" gastan una gran porción de su energía en fantasías de violencia contra los hombres. El "separatismo" expresado en hostigamiento psíquico y físico de mujeres que no han deshecho todas sus ataduras con los hombres (incluyendo a sus hijos machos) puede ser una desviación de los problemas más serios y difíciles para el proceso de toda la vida de separar de nosotras algunos elementos de nuestro propio pensamiento tales como son el uso de un lenguaje fálico y el miedo de cualquier diferencia de nuestras posiciones "perfectas". La mujer cuya psique está involucrada todavía con un padre, hermano, maestro u otra figura masculina de su pasado y que niega el poder que estas figuras todavía ejercen en ella, puede rehusarse a dormir, comer o hablar con hombres, y quizás todavía estar dominada por la masculinidad. El movimiento de separación del ser de la identificación masculina, de la dependencia en la ideología masculina, implica una lucha psíquica genuina. Por lo tanto está siendo continuamente reducido y tiene que enfrentarse a una posición política rígida, un programa, un acto de poder.

A.R. 1978: Un separatismo que no es simplista ni rígido está empezando a ser definido por Mary Daly en *Gyn/ecology: The Metaethics of Radical Feminism*, y por escritoras tales como Marilyn Frye en "Some Thoughts on Separatism and Power", en *Sinister Wisdom*, no 6, verano 1978.